

AL ALZA, A LA BAJA

AL ALZA, la compañía lírica Maestro Andrés Uriel que ha contribuido decisivamente con seis actuaciones en sólo ocho días al nuevo éxito de la **Semana de la Zarzuela de La Solana**.

AL ALZA, la cesión a Fislem en Tomelloso de un edificio que acogerá un **centro de empleo para personas con enfermedad mental**. Tras la puesta en marcha del centro de atención sicosocial y dos viviendas tuteladas, el centro de empleo era otro de los grandes objetivos de la **Asociación Puertas Abiertas** que tanto está haciendo por este colectivo.

AL ALZA, el **Instituto Vicente Cano** de Argamasilla de Alba que sigue desarrollando con mucho trabajo e ilusión su proyecto de huerto escolar y también porque varios de sus alumnos han alcanzado la final del I Concurso Nacional de Cortos sobre los Derechos del Niño.

AL ALZA, **Mecánicas Mainser y Copermática** que han sido distinguidas por la Asociación de Empresarios de la Comarca de Tomelloso como empresa del año y premio a la innovación, respectivamente, dos galardones de prestigio que reconocen sus méritos.

AL ALZA, la exposición de **fotografías de Pepe Ortiz Setien** en La Posada de Los Portales que está teniendo una gran acogida. Y no es para menos por la calidad y temática de las fotografías realizadas por un hombre con mucho talento que amaba profundamente a su pueblo.

A LA BAJA, el **desastre ecológico que sufre el Parque Nacional de las Tablas de Daimiel** que ha provocado la intervención de la Unión Europea. El Parque arde con incendios subterráneos que anuncian un final que podría haberse evitado con una auténtica política de protección.

En este número:

Un caballo desbocado provoca un accidente del autobús de línea Madrid-Tomelloso

/8



El CF La Solana derrota al At. Ibañés y se sitúa líder emparejado con Manzanares y Villarrubia

/30

LA VIDA AL TRASLUZ

Unas cuantas palabras luminosas

Valentín Arteaga

Preocupa la falta de luz cada vez más por todos los rincones o casi de esta casa nuestra general, en la que cada cual camina como Dios le da a entender, se dijese. Es lamentable que venga uno y tire de un manotazo el quinqué encima de la mesa de la cocinilla. *Para lo que hay que ver, pariente*. Como los sucedidos y las conciencias parecen ir a tentones, se cierran los ojos y se acabó. No le queda más torcida al candil, y mejor es no mirar. *¿Y dice usted, señor, que cada vez hay menos luz por todos los rincones de la casa? ¡Claro! No es ésa la palabra, oiga. Han echado, quienes mandan y deciden, la claridad fuera del poblado, porque cuanto conviene ahora es habituarse a lo oscuro, la verdad es ésa, señor.*

La obligación verdadera del hombre, sin embargo, es abrir los ojos de par en par y permitir que entre, triunfal y redondo, el mediodía entero en el corazón. Precisamos saber de las personas y de las cosas, y fijarnos con detenimiento en cuanto cunde en derredor: el borbotón cantarín de esa fuentecilla de piedra en la plazoleta de enfrente de casa, el chiquitín desconocido que, poniendo sus ojos reidores y azules encima, te dice *hola* y se echa a correr día arriba como la música infinita del agua. Lo propio de cualquier persona de bien es echarse a deambular por la ciudad con los ojos prevenidos y una llamita de dulzura y buena intención en el morral de la conciencia: una cajilla de fósforos, un cachejo de pedernal, algo de mecha. La gente suele preguntar dónde ir porque no lo sabe. No es que el personal que va y viene por ahí no esté de algún modo bien leído e

instruido. Sencillamente no sabe. Le basta con el cacharreo de ir haciendo fotos y fotos a los confesonarios de las iglesias, al hábito del señor cura y a las cortinillas del altar; o recorrer las naves de las basílicas como si paseasen por la playa con el gorriño calado hasta los ojos; y llevándose ellas las manos a la cabeza, tan perplejas, cuando les dice el sacristán que se tapen un poquitín tanto hermoso descaro, *jolín con la moral y sus normas, como si no fuésemos libres para ir haciendo lo que nos da la gana, y apagar, llegando el caso, de un soplo la lámpara*

“Lo propio de cualquier persona de bien es echarse a deambular por la ciudad con los ojos prevenidos y una llamita de dulzura y buena intención en el morral de la conciencia: una cajilla de fósforos, un cachejo de pedernal, algo de mecha”

del sagrario en plena función. Eso quisieran, que nos apañásemos como pudiéramos en la penumbra.

De ahí que los descreídos sin ton ni son y los ateillos de tres al cuarto darían cualquier cosa porque cayesen encima del vocabulario y el pensamiento sacos de oscuridad. *¿Qué ves, no ves?* Los rótulos, es un decir, del callejero carecen de pies y cabeza, y te dirijas a donde te dirijas es seguro que no llegarás. Esto es, de pobres, tal como están las cosas, nunca saldremos. Antes, nos llamaban o nos llamábamos, *pardiose-ros*. Ahora ni con bula ni con certificado de buena conducta del Juez de Paz, el muy ladinó, se atreverían a decirlo así.

Los pobres que antaño aporreaban con mucha devoción las portadas de casa lo primero de todo saludaban diciendo *avemariapurísima*; y, acto seguido, se les respondía desde las habitaciones de muy adentro *sin pecado concebida*. *Una limosna por el amor de Dios*, recitaban desde la calle, sin demora. A veces, las madres, ocupadas en el corral lavando en la artesilla, contestaban con fervor *perdone usted, por Dios; otra vez será*. A tales pobres viajeros o peregrinos, que iban y venían vestidos a su manera y necesidad, los llamábamos en el pueblo *pardiose-ros*, y estaba muy bien, porque en el fondo todos lo somos: pobres de ideales, pobres de esperanza, pobres de Dios. O pobres acaso de buscar. *¿Para qué sirve la búsqueda en estos tiempos que corren? Lo dicho, apaga y vámonos, compadre.*

Puestas las cosas como están a algunos nos encantaría que se nos arriaran compañeros con voluntad de búsqueda.

Hay búsquedas y búsquedas. Las hay, en efecto, reductivas, que se quedan, o sea, en lo material y basta; y las hay, menos, a lo pobre. Aquellas, esto es, que persiguen la luz. *¿Quién se apunta?*

Voy a hacer a mis lectores una confidencia: que cualquier día de éstos, cuando la luz disminuye porque las tardes se acortan, quizás me anime y haga llegar a mi querido editor y amigo Jaime Quevedo Soubriet un libro de pensamientos sobre el asunto. El título podría ser: *¡Un poquillo de luz por el amor de Dios!* Veremos, haría muy bien en publicarlo. Con tanta oscuridad alrededor quizás sean muy oportunas unas cuantas palabras luminosas.